

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

REVISTA DE MADRID.

Gracias al carnaval de 1854, que está presente, en muy pocos días se ha verificado en nuestra vida un cambio completo. Dijimos hace poco que no se bailaba, pues bien: ahora sucede todo lo contrario: ahora se baila con un celo, con una fé, con una perseverancia inextinguible. Pudiéramos decir nosotros en esta ocasion con el célebre protagonista de *El arte de conspirar*: «no sabemos si esto marcha, lo que sabemos es que se baila mucho.»

Los salones del teatro Real, los del Liceo, los de la Cruz, y otros infinitos de varias sociedades conocidas con los nombres de Juanita, la Floreciente, la Silfide, etc., etc., todos se han abierto para recibir á los huéspedes nocturnos que tengan á bien favorecerles. Todos, con mas ó menos próspera fortuna, han intentado conocer cuanto pesa en plata acuñada la afición á las máscaras, que es indudablemente el modo mas seguro de averiguar hasta donde llega el valor é importancia de esta antiquísima y ya gastada afición.

Pero el tiempo ha valido muy poco para tales experimentos; porque el carnaval de 1854 no se concibe fácilmente sino teniendo en la mano el almanaque.

Nada, en efecto, hacia presentir, quince días há, que hubiesen de estar tan cerca los borrascosos días de Carnes-tolendas: no se notaba grande animacion ni mucho afán de divertirse, ni proyectos de mascaradas, ni otras cosas semejantes. Pero así como se cena en diciembre, se ayuna en abril y se reza en mayo al toque del calendario, se baila y se bromea en marzo en los días que el mismo almanaque designa.

Dios ha formado el año con cuatro estaciones, en cuyo curso se experimenta sucesivamente la suave brisa primaveral, el ardiente calor del estío, la vagorosa bruma del otoño y las crudas heladas del invierno. El hombre por su parte ha distribuido la presente estación en cuatro periodos, de los cuales en los dos primeros se cena y se baila, y en los dos segundos se ayuna y se reza. Dos alternativas hay en la primera creación, y otras tantas en la segunda. Cosa muy justa. Dios formó el hombre á su semejanza, y el hombre ha querido obrar á semejanza de Dios.

Séanos lícito observar con este motivo, que no puede ser mas bella y apacible la condicion humana. ¿No es admirable esa docilidad que le lleva al extremo de comer y ayunar, de estar alegre ó compungido, en los días que el almanaque le señala?

Esta, sin embargo, es la ocasion de notar la inmensa diferencia que separa las obras del Criador de las obras de la criatura. Nada podrá dispensar al hombre de sentir en sus venas el calor de la primavera; pero él puede muy bien dispensarse de sentir el calor y el entusiasmo de los bailes de máscaras.

Diganlo por nosotros los en otro tiempo concurridos y brillantes, los este año tristes y abandonados salones del Liceo. ¿Qué se hizo de aquel entusiasmo, de aquel mágico ardor que hace pocos años infundía á todos los madrileños la apertura de los salones de Villahermosa? Murió como mueren todas las cosas de este mundo. Nosotros creíamos que dentro de poco debería llevar una inscripción funeraria la puerta del piso principal de Villahermosa; pero no será una; serán dos las que allí deban colocarse: la primera por el Liceo, la segunda por los bailes de máscaras.

Tomo III.

Resueltos á no detenernos mucho en cosas tristes, porque el tiempo es alegre, renunciamos gustosos á la descripción de los bailes del Liceo. Se digna junta ha hecho en este año todo lo que ha podido porque sus dos bailes de suscripción estuviesen concurridos y brillantes; pero sus esfuerzos no han bastado á conseguirlo. La junta no podía crear afición y sin afición no son posibles las máscaras.

Otra ha sido, sin embargo, la suerte del teatro Real, sin que esto ofrezca para nosotros una contradicción al principio que acabamos de sentar. El teatro Real está de moda: y lo que está de moda es siempre escepcion de todo principio y de toda regla. No era la idea de asistir á un baile de máscaras: era la de ver al teatro Real en otra forma que la habitual, la que preocupaba los ánimos de los concurrentes: anunciábase como asombrosa y sorprendente esta transformación, y todo el mundo deseaba sorprenderse y asombrarse. Había además el aliciente, para las jóvenes de 15 años, de ver, para las de 30, de recordar, lo que

que el baile de máscaras tiene todavía mayores encantos para la dichosa época de la vida que corre entre los diez y seis y los veinte años? Para imaginaciones tan jóvenes, ese inmenso y trastornador bullicio que les rodea en las altas horas de la noche, en que su cabeza los llama al sueño y su corazón á los templos de Momo, hace de un baile de máscaras un verdadero cuento de hadas; allí cada muger es una beldad y cada beldad una huri: y ni la luz de la noche, que todo lo embellece, ni los mágicos acentos de la música, que todo lo rodea de un mágico embeleso, les permiten reparar en defectos que solo se descubren á la luz del día, y con el ánimo sereno y reposado.

Con esa misma luz y con ese mismo ánimo, vamos á decir dos palabras sobre los bailes de máscaras del carnaval que está próximo á espirar.

No será necesaria una gran insistencia para ponderar la excelencia que sobre todos han tenido los del Real Palacio, así por la escogida y elegante sociedad que á ellos asiste, como por el lujo de los trages adop-

tados por los concurrentes. Conocida es, y casi proverbial ya, la animación, la confianza, el buen gusto, que reina en estas mansiones predilectas del buen tono, en esas agradables y suntuosas fiestas que preside nuestra augusta soberana.

Después de ellas, sin embargo, no puede disputarse la preferencia á los bailes del teatro Real, y sobre todo al primero, dado en la noche del domingo anterior. La magnificencia de su gran sala, unida al escenario por medio de una decoración nueva, la belleza de su antiguo salón de máscaras, después de Congreso, hoy de descanso para el baile: su escelente alumbrado, su bien provisto ambigü y la buena disposición de su tocador de damas y de sus piezas de juego, ha justificado la esclusiva preferencia con que lo ha mirado la buena sociedad de Madrid, que poblaba los salones y los palcos, honrándose tan brillante función con la asistencia de S. M. la reina y parte de la real familia. El baile á que nos referimos estuvo animadísimo, concluyendo, como de costumbre en tales casos, con el primer albor de la primera luz matinal.

De los bailes del Liceo hemos dicho antes que no queremos decir nada. Esto, se entiende, de nuestra cuenta; pero por cuenta ajena no tenemos inconveniente en decir alguna cosa. Hé aquí cuatro palabras sobre los dos bailes de suscripción del Liceo, tomadas de una Revista de *La España*.—«En el primero (dice) despacharía la empresa unos 200 billetes de pago; y el fondista no necesitó hacer provisiones para el segundo, en el cual tenían miedo los concurrentes de atravesar aquellas suntuosas y desiertas salas.» La descripción es breve, pero de mano maestra.

En el teatro de la Cruz ha habido unos bailes de brocha gorda, en toda la extensión de la palabra. Poco y malo. El sombrío coliseo que por una aberración del capricho estuvo tan brillante el año de 1850, no promete mucho para 1854.

En las demás sociedades de baile, algunos de cuyos nombres dejamos apuntados mas arriba, es donde no parece mas personificada la verdadera y espontánea afición á las máscaras, como que todas ellas reconocen por base una asociación de jóvenes de 18 á 22 años, es decir, de los que se encuentran en esa edad dichosa en que la polka es un acontecimiento de la vida. Aquí se baila con todo el ardor de la edad primera, muy propio del que se propone emplear en el movimiento continuo las pocas horas que le deja libres una ocupación habitual que le condena á perpetuo reposo. A estos bailes puede aplicarse (generalmente hablando) el dicho



Vista exterior del palacio de Villahermosa una noche de máscaras.

pasaba hace diez años en el célebre salón de columnas que los diputados de la nación española arrebataron á los bailarines con objeto de fabricar leyes allí donde antes se bailaban rigodones; y este poco de curiosidad—que es la principal flaqueza de las mugeres,—ha llevado á muchas de ellas á los salones del teatro Real. —He de ir á un baile de Oriente (decía noches pasadas en la calle una dama á otra amiga suya) siquiera por acercarme á aquellas columnas, donde... y en seguida le ingirió una relación de como el año 1840 la había enamorado en un baile de Oriente un gallardo y apuesto mancebo, por supuesto en las mismísimas barbas de su marido.

No se crea que venimos á parar aquí como para sacar la moraleja de los bailes de máscaras. Librenos Dios del conato de moralizar, que aunque no lo castiga el Código penal en ningún artículo, nos lo castigarían todas las gentes con el desprecio. Por otra parte, todas las cosas tienen su aspecto malo y su aspecto bueno; y los bailes de máscaras han tenido siempre para nosotros algo de agradable, que consiste en esa franqueza del corazón, en esa expansión de sentimientos que permite la careta, en esos encuentros tan casuales y á veces tan felices, en esos recuerdos de toda la vida del año que allí se suscitan á través de las bromas; y sobre todo, en esa facilidad que presta á las mugeres de ingenio y agudeza, para manifestarnos de cuanto serían capaces si la sociedad no les impusiere todo el año el penoso deber de ser reservadas y serias.

Y si esto sentimos nosotros ¿cómo podremos negar

vulgar de «á cada golpe un gazapo.» Quien dice una polka, dice, como cosa consiguiente, una declaración hecha y aceptada, y una cita para pasear al día siguiente. Esto, sobre todo, si el baile cayere en sábado, por razones que nosotros sabemos y de que el lector no se quedará á oscuras. Pero no adelantemos mas el asunto: no nos olvidemos que dos días después de publicada esta revista viene el tiempo santo, y que en vez de halagar la imaginación de nuestros lectores con recuerdos de carnaval, debíamos exhortarles ahora á la penitencia, á la meditación y al ayuno.

J. M. ANTEQUERA.

REVISTA MUSICAL.

TEATRO REAL: *La Figlia d' il Reggimento*, á beneficio de la señora Alboni: *La Ceneréntola*.—Señora Frezzolini: *Beatrice di Tenda*: *Otello*.

He aquí las óperas puestas últimamente en escena en el coliseo de Oriente, acerca de cuyo desempeño nos proponemos hablar á modo de juicio retrospectivo, ya que la indole de LA SEMANA, atendido su período de publicación, nos impide escribir bajo la momentánea influencia de nuestras impresiones, que, sea dicho de paso, son en nosotros algo mas duraderas, siquiera hayan pasado muchos días desde que las recibimos, hasta hoy en que las narramos.

Grande ha sido la concurrencia las noches en que se ha ejecutado *La Figlia d' il Reggimento* en el teatro hoy favorecido por la moda; y á la verdad que por esta vez es justa tal preferencia. Cuando no se había oído aun á la Alboni en esta ópera, no podía concebirse qué razón habría tenido al elegirla para su beneficio, puesto que es una operita muy ligera y sin esos cantos que revelan en su interpretación todo el genio del artista; no teniendo tampoco grandes dificultades, cuya ejecución, ya que no conmueva, admire al menos.

Pero la Alboni nos sorprendió agradablemente cantando los *andantes* con notable sentimiento y dulzura, y los *allegros* con toda la prodigiosa facilidad que le dá su magnífica incomparable voz, unida á su no menos magnífico método de canto; luciendo extraordinariamente sus facultades en la lección de piano del segundo acto, en la que ejecuta los trinos y *fermatas* mas difíciles, con una precisión y afinación que arrojan al público, arrancándole los mas frenéticos aplausos.

No aparece menos grande como actriz, cuando á la vista de *Sulpicio* (Formes) se manifiesta en su semblante la emoción interior que siente su alma al recuerdo de las escenas de la vida del campamento, conmoviendo y deleitando, ora con la ternura que dá á sus acenos, ora con la marcialidad con que asida al brazo de su antiguo camarada marcha al compás del *aire del rata-plan*: pero en donde está sublime sobre todo encarecimiento, es en la difícilísima aria final, escrita según tenemos entendido, por el autor inglés Balf, para la Malibran, en la cual nos hace oír *casi todo lo que puede cuando quiere*, así por el modo con que recorre en magníficas escalas toda la extensión de su voz, como por lo afinado de las extrañas entonaciones y atrevidos giros de la *cavaletta*, que no vacilamos en llamar de *brabura*.

Formes también nos reveló en las diferentes noches que ha ejecutado su parte, lo que puede hacer como cantante, si procura modular la magnífica voz que posee, y vocalizar con mas claridad; si bien reconocemos que esto debe serle muy difícil, atendido su acento alemán; y como actor, tomando de alguno de los modelos que á su lado tiene, la desenvoltura y acción que en otras óperas han sido nulas en él, ya que no impropias y hasta ridículas.

Le esperamos en el *Silva* de Hernani para dedicarle un párrafo mas extenso, puesto que á ello se presta mucho tan incomparable papel.

La Ceneréntola nos presenta también á la Alboni como gran cantante, especialmente en el rondó y variaciones del final, que, aun cuando fué cantado con toda la maestría de que esta artista es capaz, aun cuando luce en él sus portentosas facultades, su exquisita vocalización y su admirable flexibilidad de garganta, nos parece que podría haber acumulado mayores dificultades, puesto que si la memoria no nos es infiel, recordamos haber oído en la misma pieza á otras artistas, y aun á alguna de las buenas aficionadas que cuenta Madrid, grandes primores de ejecución, superiores en nuestro pobre juicio, á los con que nos deleita la *signora*, que indudablemente *puede hacer* mucho mas de lo que ha hecho en esta ópera y excitar mayor entusiasmo y admiración, si tiene presente este nuestro amistoso consejo.

De Ronconi y Salas nada decimos, porque sus nombres revelan por sí solos una serie no interrumpida de triunfos artísticos, obtenidos con la mayor justicia.

Nos toca hablar ahora de la señora Frezzolini; y ¿quién habrá que al llegar aquí no se sienta herido de una dolorosa é inesplicable sensación al recuerdo solo de aquel penetrante y desgarrador *addio* de la *Beatrice*?

Su aria de salida, el duo con *Filipo*, (señor Barrohilet,) la plegaria é invocación al pie de la estatua de *Faccino*, el magnífico quinteto del segundo acto, en que tan sublime y arrebatadora se manifiesta, y por último el difícilísimo rondó final de la ópera, son pasa-

ges en los que aparece gran cantante, inspirada artista, eminente actriz.

La fuerza y sonoridad de sus notas agudas se ostentan en todo su brillante acento en los *staccatos* con que embellece el andante de su primer aria. En el duo con *Filipo*, aparece grande y magestuosa, conmoviendo con su *piangendo*, y arrebatando con los magníficos cantos declamados en que abunda tan bellísimo duo. Pero en donde la encontramos á toda la altura de su reputación, es en el quinteto del segundo acto, y en el magnífico rondó final, que con sobrada justicia le ha valido tantos triunfos artísticos como noches lo ha cantado.

Pero, por lo mismo que somos de sus mas ardientes apasionados y entusiastas admiradores, por lo mismo le daremos el consejo de que no prodigue tanto las dificultades en las admirables *fermatas* que ejecuta, en algunas de las cuales no hallamos siempre toda la seguridad y redondez en los sonidos que fueran de desear, atribuyendo nosotros esto á que su voz ha perdido un tanto la frescura y lozanía, que unidas á la pasión de su canto, han hecho de ella una de las primeras artistas de Europa.

Luzca en buen hora la sorprendente *tessitura* de su voz en esas escalas que todos admiramos; siga teniendo esos espontáneos arranques de verdadera artista; pero sea un poco mas avara en las *floriture*, y por el contrario, busque en el acento declamado, en el *tremar* de su voz, ese sentimiento, esa pasión que sus labios destellan: seguros estamos que cada uno de estos bellísimos pasajes producirá en el público el mismo efecto que una corriente magnética de irresistible atracción.

El señor Barrohilet se ha corregido en el modo con que canta su magnífica parte: la ha eliminado de casi toda la *floriture* de gusto francés con que al principio nos la hizo oír; y aun cuando desearíamos que concluyese de recorrer esta senda, que abandona siempre en el andante de su aria del segundo acto, reconocemos desde luego en él al gran cantante de canto *spianato*, porque en el allegro de *non son io*, le falta valentía, fuerza y decisión. ¡Lástima que la trompa que le acompaña en dicho andante sea tan insegura! y eso que desde *cierta noche* ha hecho su correspondiente arreglito, que quita gran parte de su belleza al *ritornello*.

El *Otello* ha ofrecido la doble circunstancia de hacer mucho tiempo que no se cantaba en Madrid, y haber sido elegido por el tenor Masset para su *debut*.

Aun cuando no baste, para juzgar del mérito de un cantante, el haberle oído en una sola ópera, y aun cuando tengamos que rectificar en todo ó en parte el juicio que hoy emitamos al hablar de él en las revistas sucesivas, vamos á decir lo que nos ha parecido en las diferentes noches en que ha cantado la magnífica parte creada por el genio del inmortal Rossini.

Masset tiene toda la extensión de voz de los antiguos tenores serios, á saber, las dos octavas de *la*, que recorre y emite con la mayor y mas espontánea claridad. La *grave* nos ha parecido inmejorable, y sentimos no poder decir otro tanto de la *aguda*, cuyos sonidos entendemos no corresponden por su falta de cuerpo á los de los *medios* y *graves*; notándose mas este defecto en las muchas notas *agudas* de efecto que tiene su parte en esta ópera; así que no ha producido el que era de esperar.

Pero, aparte esta desigualdad, su voz es fresca, de buen timbre y sonoridad.

Su vocalización es regular, sin embargo de que su pronunciación no es siempre muy correcta.

Canta con admirable seguridad, precisa y correcta afinación, y extraordinaria flexibilidad; pero no acentúa la música, la presenta con poco colorido; no hay, en fin, en él ese *claro oscuro*, que es al canto lo que la buena y ajustada puntuación al verso; así que, en ninguno de los bellísimos pasos y situaciones de la ópera, produce el mas pequeño entusiasmo; así que es escuchado generalmente con frialdad, á lo que contribuyen no poco sus malas maneras teatrales. Corrija de estos defectos, procurando cantar con mas pasión, con mas sentimiento, y procure también dar á su acción el colorido propio y adecuado á los caracteres que haya de personificar, y tendrá nuestros sinceros elogios, ya que hoy no podemos tributárselos tan absolutos como deseáramos. Aplazamos un juicio mas extenso para cuando lo hayamos oído el *Hernani*, ópera en que tanto puede lucir, teniendo como tiene tan buenas facultades.

La Frezzolini canta con notable maestría y seguridad su parte: está admirable en el aria de salida, que sea dicho de paso, no es la de la ópera, sino la escrita para la Persiani en la *Lucia*; y en la que, á juicio de algunos, prodiga demasiado las *floriture*; pero en donde se revela todo su genio de artista, toda la inspiración de tal, es en la magnífica aria del segundo acto cuando dice á su padre aquellos versos de

«Se il padre m' abbandona
«Da chi sperar pietà?»

con tal acento de ternura, de desesperación, que el auditorio prorrumpe en los mas espontáneos y frenéticos aplausos, que se repiten en cada una de las tres veces que canta la magnífica y sentida *romanza* del tercer acto, de

«Assisa á pié d' un salice»

No queremos concluir sin dedicar algunas palabras á la orquesta y á su director.

Quisiéramos no oír *colas* en los finales; mas redon-

dez en los puntos secos, mas decisión en los pasajes de fuerza; y quisiéramos también que el metal modelase un tanto la suya, pues no guarda proporción con la de la cuerda, ignorando nosotros si esta falta de equilibrio podrá ser á causa de los defectos acústicos de la sala.

No queremos pasar en silencio, á fuer de imparciales, el modo admirable con que acompaña todas las piezas concertantes de *La Ceneréntola*, y lo bien entendido y ejecutado del *crescendo* del sesteteto de la misma ópera.

Y ya que hemos hablado de la orquesta, no podemos menos de tributar nuestro sincero elogio al señor Molberg, por la afinación correcta, precisión notable y gusto purísimo con que ejecuta el bonito solo de *viola* que precede al aria de tiple del primer acto del *Otello*.

Otro día notaremos algunos de los defectos que podría corregir á poca costa la dirección artística del teatro, ya que hoy nos sea imposible, por habernos detenido mas de lo que pensamos al empezar esta revista.

JOSÉ ORTEGA.

Febrero 27.

LA CAMPANA DE VELILLA.

Hay en Velilla una campana que diz que en lo antiguo tenía la propiedad de tocar por sí misma siempre que amenazaba algun trastorno al antiguo reino de Aragón: esta virtud milagrosa, que para algunos será inverosímil y apócrifa, está para nosotros fuera de toda duda y controversia, porque así como en Constantinopla existe un caballo de metal, cuyos relinchos son anuncios de alguna desgracia para el imperio, y en Borgoña hay una laguna donde se crían tantos peces como frailes tenía un convento de su jurisdicción, del mismo modo puede haber en Velilla una campana que haya tenido, si no tiene ahora, la propiedad sobrenatural de advertir con su metálico acento los males, que la perversidad ó el encono meditasen contra el susodicho reino. Y para que nuestros lectores vean de que forma se cuenta esta notabilísima tradición aragonesa, copiamos lo que escribió el P. fray Marco de Guadalupe, con motivo de la tañida de 1604, cuando la malograda expedición de Argel.

«En las márgenes del Ebro donde fué la antigua *Julia Celsa*, felicísima colonia de romanos, está Velilla, pueblo en Aragón de la ilustre casa de *Villalpando y Funes*. Fué su edificio cuadrado, y según opinión de algunos llegaban los fundamentos y cerca hasta el lugar de Gelsa. En un cerro mas arriba del lugar hay un antiguo edificio de *San Nicolás*, bajo del cual se vé una cueva en cuyo espacio cabe un hombre derecho, y en partes á caballo, y hay por ella dos leguas de camino. En esta iglesia hay un retablo de alabastro, y en el suelo otro antiguo, pintura de los godos, donde se descubren muchas gentes de rodillas venerando una campana: señal cierta que allá en los siglos pasados obraron grandes maravillas. En lo mas alto de la iglesia hay tres pilares, y pendientes de ellos dos campanas, una mayor que otra. La menor se tañe á fuerza de brazos, y la mayor no, ni con viento, dándole el cierre de medio á medio. Llámase esta, campana del Milagro, y tiene dos Cristos vaciados, el uno á Poniente y el otro á Oriente, teniendo á sus lados las dos Marias con dos cruces separadas la una á Septentrion y la otra á Meridiodia. Tiene de contorno diez palmas (1), es algo larga, sin sarro, clara y lisa, y al derredor un verso latino de los de *Sibila Cumea* que dice: *Christus rex venit in pace et Deus homo factus est*. Esta campana comenzó á tañer á 43 de junio á las siete de la mañana, y esto por tres veces, y por un rato fué dando vueltas la lengua al derredor haciendo escomesa de mas tañer. Dadas las siete continuó su movimiento y dió la lengua siete golpes, entre Meridiodia y Poniente, á poca distancia nueve, doce, quince y treinta; tocando muy poco en las demas partes aunque la iba rodeando toda. Después prosiguió en todo el toque de ella por el circuito, dando los mas golpes á la parte de Oriente, rodeando por todo el contorno, y tañía así casi continuamente sin interrupción hasta las nueve que dejó de tañer, y también el movimiento. Pasando media hora volvió á su movimiento circular, y antes de las diez tañó como medio cuarto. De allí á media hora volvió á tañer como antes con notable furia, formando la lengua son como de cajas de guerra á lo moriego, dando los mas ruidos golpes entre Meridiodia y Poniente (2). Todos los demas días hasta 30 de junio, ó se estremeció la campana, ó la lengua hizo sus movimientos circulares, ó dió sus toques á ratos ó continuados, señalando como con el dedo los reinos que mas peligro tenían.»

Nótese (y aquí entran nuestras cavilaciones y las de todo el mundo) que el suceso está autorizado por un acta ó escritura pública, en que nueve notarios del reino dan fé del hecho, siendo testigos á todo: el doctor Pedro García, canónigo del Pilar de Zaragoza, y rector de Velilla; otros rectores, vicarios y religiosos; don García de Funes y Villalpando, señor del pueblo. Don Goncde de Goimaran, doña Vicenta Clara de Ariño, don Martín de Espes, baron de la Laguna; don Enrique de

(1) En el día tiene doce.

(2) Esto indujo á creer al patriarca de Valencia, don Juan de Ribera, que los moriscos tramaban un levantamiento general en todo el reino, opinión que fué bien recibida por entonces.

Castro, canónigo de la Seu de Zaragoza; los señores de Bureta y Pradilla, don Dionisio de Guaras, don Matías Marin, caballero de Montesa, y unas cuatro mil personas del estado llano, que vinieron á presenciar la maravilla. Además hacen mención de algunas circunstancias de las antedichas, don Antonio Agustín, Fray Jaime Bleda, Pedro Gregorio, Gerónimo Zurita, y Flavio Paulino.

Cuando documentos y autoridades tan respetables nos lo aseguran con tales veras, ¿qué hemos de hacer nosotros sino creer en el milagro patriótico de la campana?

Según afirma el P. Bleda, la campana de Velilla tocó ya por sí sola cuando la pérdida de España en el siglo VIII, y después muchas otras veces, particularmente cuando Alonso V de Aragón cayó prisionero en la batalla de Islapenza, cuando el asesinato de Pedro Arbues, llamado por otro nombre el Justo Maestro Pila, cuando la muerte del emperador Carlos V y de la emperatriz su muger, cuando los fallecimientos de la reina doña Isabel de la Paz, de don Juan de Austria, del rey don Sebastian y de la augusta madre de Felipe III.

La campana existe todavía en el campanario de la ermita de San Nicolás, que se halla situado fuera de la villa. Es de forma casi cuadrangular, tosca y mazorril, tiene poca base y mucha longitud, en lo que parece llevar el sello de las construcciones góticas; está muy oxidada por el tiempo, y hendida por alguna parte, circunstancias que dan en cierto modo fundamento á la creencia general de que han pasado ya muchos siglos sobre ella.

La inscripción y demás particularidades que menciona Fray Marco de Guadalajara, se distinguen también en la campana; pero en cuanto al milagro de las tañidas, no sabemos que pensar: hace mas de dos siglos que ha enmudecido de todas, precisamente cuando mas necesarios podían ser sus avisos. A pesar de todo, la tradición de la campana subsiste muy respetada, y subsistirá eternamente, sin duda para honra y prezo de los vecinos de Velilla.

F. SEPULVEDA.

UNA HECHICERA EN EL SENEGAL.

Subiendo por el río de Surinam desde la ciudad de Paramaribo, la vista no se cansa de admirar á derecha é izquierda la magnificencia de sus riberas, la riqueza de la naturaleza que por todas partes se descubre, la vegetación abundante y variada que adorna las dos orillas, y el número de edificios, molinos y máquinas de vapor que las cubren. El movimiento continuo de los barcos conducidos por esclavos, que por sus cantos y alegría hacen dudar que lo sean, y que transportan en ellos maderas ó mercancías, y la multitud de papagayos que se posan en las cubiertas de las canoas indianas de vela ó remo, jamás dejan de causar admiración á los extranjeros. Un poco mas arriba de la ciudad de Paramaribo, el río forma un recodo hacia el Este. A la derecha se halla el ancon ó puertecito de los Diablos ó Duivelskreek, rodeado de plantíos. Mas arriba, y por el mismo lado, está la embocadura de Para ó Parakreek, que se extiende á lo largo de la plantación de Houltuin, en donde antiguamente habia un reducto construido por Mr. Van Sommelsdijck en 1683, para proteger á la nascente colonia contra las invasiones de los indios. A la izquierda se ve el ancon de Courapine ó Courapinekreek, y mas arriba otros muchos que desembocan en el río, entre los cuales se distingue el de Banister, llamado así por el nombre de los primeros gefes ingleses del tiempo de Willoughby. En aquel parage formaba una isla llamada Tuinhuizen, pero ahora se halla unida á la tierra firme por haberse cegado uno de los brazos del ancon.

En aquel mismo sitio estaba también la pequeña población de Torarica, llamada además Santo-Bridges: tenia un centenar de casas y una capilla, pero en el día se encuentra enteramente abandonada, y hasta sus restos han desaparecido bajo las vegetaciones que han invadido el terreno que ocupaba.

Un poco mas arriba, hacia la parte de Occidente, se descubre el ancon de Separipabo, y á tres leguas mas allá una montaña que domina magestuosamente el río. Se la conoce con el nombre de Sabana de los Judios, y á cada lado tiene un estenso valle, tan risueño como pintoresco.

En la cima de la montaña de que acabo de hablar, hay un pueblito habitado por unos ciento ó ciento veinte judios muy pobres.

En frente de la sinagoga que existe en dicho parage, y á unos cien pasos por el lado de la pradera, se encuentra el cementerio judaico: en aquel punto comienza la línea de defensa. A un lado se ve la casa económica, conocida con el nombre de Gouverneurs-Lust: contiene espaciosos jardines y gran número de animales para el servicio del hospital Mauritsbourg. Allí trabajan los criminales tanto blancos como negros, que son condenados al grillete.

Desde Mauritsbourg puede llegarse en cuatro horas de marcha á lo alto de la Comawgue, siguiendo el cordón comenzado en 1774, que tiene de 450 á 200 pies de ancho, con postes y árboles en las orillas. Después de atravesar aquel río, se sigue el segundo cordón y se llega al mar.

Subiendo siempre el río de Surinam, mas allá de la Sabana de los Judios, y á la izquierda, se encuentra la plantación de Auba, célebre en los anales de aquel país,

por la paz que se concluyó allí con los negros fugitivos de Tambica. Mas lejos, á la derecha, se eleva la de Rama, en donde principia el Oranjepad, ó camino de Orange, en el que el baron Spark, formó un reducto llamado Sarron. Siguiendo la marcha se llega al Klein-Oranjepad, ó camino pequeño de Orange, comenzado en 1750, bajo la dirección del ingeniero Bermont. Este camino, á cuyas orillas se ven algunas casas, tiene nueve leguas de largo, y comunica con el Sarameca, atravesando el ancon de Para. Mas adelante; el río tuerce hacia el Este, y á la derecha está el puertecillo del Mariscal ó de Maarschalkreed. A la izquierda se extiende la plantación de la Providencia, fundada hacia el año de 1684, por las hermanas de Mr. Van-Sommelsdyck, que llegaron á la colonia con un gran número de sectarios, llamados labadistas, los cuales se establecieron allí. Un poco mas arriba se ve el Klaaskreek, llamado así por los negros errantes que se establecieron en aquel punto: Klaaskreek quiere decir, Puerto de Nicolás. A alguna distancia de allí, en medio del río, y cerca de la plantación Reynesberg, se eleva un peñasco de 60 á 80 pies de largo, á donde debe abordar toda embarcación que se dirige á la Montaña Azul. Los viajeros, accediendo á los deseos de los negros que guían los barcos, sufren en aquella roca una especie de bautismo. Si, según la preocupación vulgar, quieren salir sanos y salvos de aquel paso peligroso, tienen que entregar al negro de mas edad, una calabaza de aguardiente, del que derrama una buena parte en el río, pronunciando algunas palabras misteriosas y cabalísticas, y después esparce también algunas gotas sobre las cabezas de los viajeros: concluida esta ceremonia, los negros se beben el licor restante. En fin, de repente se presenta á vuestra vista la célebre montaña llamada Blaauwe Berg (Montaña Azul), en la cual hay un destacamento para vigilar á los indios y negros de las inmediaciones.

Desde aquella montaña puede irse á Cayena: á derecha é izquierda del camino, hasta donde alcanza la vista, se descubren peñascos de una piedra azulada, de los que brotan fuentejillas, cuyas orillas son verdaderamente notables, por su brillante verdor, y la riqueza de su vegetación. Cuando se llega á aquellos sitios que la naturaleza ha hecho casi impenetrables, se queda uno sorprendido de la magnificencia que allí ha desplegado, y de la inmensa cantidad de flores, árboles y frutas que ha acumulado en aquel parage.

Mas adelante, y subiendo siempre, el río forma otros muchos ancones, entre ellos el Kompagieskreek, en donde se halla el puesto militar de la Victoria, y el límite de la parte cultivada de la colonia. El resto del río baña tierras agrestes é incultas, y recibe al Sarahreek, que forma una isla, en donde acampó el pequeño ejército mandado por el señor Nepoen, y se concluyó el famoso tratado de paz con los negros errantes de Sarame, que aseguró la tan anhelada tranquilidad de la colonia.

Mas allá del límite, el río, cuyas orillas son escarpadas, se halla interceptado por un gran número de peñascos, desde los cuales cae el agua formando cascadas, que ofrecen la vista mas pintoresca: la última de aquellas cascadas, tiene mucha elevación. Es el punto en donde se detienen los atrevidos viajeros, cuya temeridad les hace penetrar en aquella tierra virgen y llena de peligros. El europeo no pasa mas lejos: los negros errantes y los indios son los únicos que pisan aquellas vastas soledades.

Es muy difícil que en un país tan estenso, á los cinco grados de latitud septentrional, cortado por un gran número de rios y puertecillos, y cubierto de lagunas y de bosques, el aire no se halle cargado de emanaciones mal sanas. Lo que contribuye además á corromperle, es por una parte el excesivo calor del día, y por otra, el frío y humedad que reinan durante una buena parte de la noche. Las frecuentes tempestades, los torrentes de lluvia que caen algunas veces, contribuyen mucho también á mantener la humedad. Como el día es casi igual á la noche en el Ecuador, y el crepúsculo es casi nulo, el paso repentino del calor al frío, es muy dañoso para la salud.

Las cuatro estaciones que tan fácilmente se distinguen en Europa, apenas son sensibles en Surinam. Se dividen en estación grande y pequeña de sequedad, y en estación grande y pequeña de lluvias. Y aun cuando estas divisiones se reputan como correspondientes á épocas fijas del año, la sequedad, la lluvia, el calor, el frío de la mañana, están de tal manera mezclados y confundidos, que es casi imposible distinguir las estaciones. Sin embargo, por lo común, la estación de las lluvias comienza á mediados de noviembre, y concluye á mitad de mayo ó principios de junio. Aquel es el invierno en estos climas. A las lluvias, que caen á torrentes, sucede una temperatura de veinte á veinte y dos grados de calor.

Cuando se dirige una mirada á las tierras que ahora se hallan cultivadas en la colonia de Surinam y sobre la abundancia y hermosura de sus frutos, y se recuerda lo que eran aquellas tierras hace pocos siglos, causa asombro lo que han podido producir el ingenio, la perseverancia y el trabajo de los primeros europeos que llegaron á aquella región. Alojados allí en cabañas formadas con ramas, espuestos al excesivo calor y á la insalubridad del clima, alimentándose con pescado, patatas y bananas, que ocasionan fiebres y ponen la tez pálida y livida, tenían que temer además á los naturales del país reputados por antropófagos.

¡Cuántas mudanzas se han efectuado desde aquella época, y cuán grande sería el asombro de aquellos hombres si viesen lo que habia llegado á ser su obra!...

A aquellas miserables cabañas que en su mayor parte eran mas que chozas abandonadas por los indios, han sucedido edificios que pueden colocarse en el rango de nuestras mejores casas de campo de Europa. Los molinos movidos por bueyes y mulas, con sus techumbres de ramas han sido reemplazados por otros colocados en edificios espaciosos, y que pone en movimiento el agua ó el vapor. El alimento que era el de los indígenas, se ha convertido ahora en el lujo de las mesas de Europa. En fin, los montes, los bosques y las lagunas, se ven cubiertas en el día de cañas de azúcar, cafetales, algodones, bananos, arrozales, etc.

Para formar una plantación, la Maatschappij ó Compañía de las Indias, cedia á cada nuevo colono tres veces mas terreno que en la actualidad, de montes, bosques y lagunas.

En cuanto se toma posesión de aquella tierra virgen, se elige un sitio inmediato á un río ó á un ancon para construir una casa, que por lo regular da frente al río. Aquella casa es de madera excepto los cimientos que son de ladrillo, y se elevan hasta la altura de dos ó tres pies, lo cual es muy sano. Para subir á la entrada hay una gradería y todo á lo largo del edificio corre una galería: las casas de los plantadores son mucho mas modestas.

A quince ó veinte pasos detrás de la casa del amo se encuentra la cocina, provista de todos los utensilios necesarios, y de un horno para cocer pan. Aquellas cocinas, que carecen de chimeneas, no tienen mas que unas hornillas de ladrillo, elevadas algunos pies del suelo, y en las cuales se enciende leña. El humo se esparce por todo el edificio, y sale por unas aberturas practicadas en el techo.

En frente, y al otro lado, hay otro edificio que sirve de almacén para las provisiones, é instrumentos de labranza. A algunos pasos detrás, hay unos establos para encerrar tigres y otros animales, los bueyes, vacas, cerdos, carneros, cabras, gallinas, patos y pavos, de que todos los plantadores están bien provistos para obsequiar á sus amigos. Las demás habitaciones sirven para los criados de la plantación. A algunos centenares de pasos de allí, y ordinariamente en frente de la casa del amo, se encuentra una aldea, compuesta de varias chozas construidas con tablas y ramas de bananeros, con una puertecilla y dos ventanitas. En lo interior no suele haber mas que una pieza. Aquellas casas están rodeadas de una empalizada para conservar las legumbres y las gallinas.

A orilla del agua hay siempre una garita, en donde suele colocarse un negro de centinela, para lo que se establece allí como una especie de cuerpo de guardia durante la noche: los negros que le componen hacen una hoguera, se colocan en derredor de ella, y por medio de un cuerno, producen sonidos lúgubres y prolongados. A aquellos gritos contestan los otros negros que se hallan en los molinos ó encargados de la custodia de las demás dependencias.

Los habitantes ricos y los plantadores se sirven de un *tent-boot* ó barca cubierta, adornada con tanto lujo, que suele costar 4,500 florines de los Países Bajos. Sirve para ir á la ciudad ó de una plantación á otra. Aquellos cortos viajes serian muy difíciles por tierra, y además todas las plantaciones están situadas á orillas de los rios.

El *tent-boot* le guían seis ú ocho negros, excelentes marineros: uno de ellos maneja el timón.

La medicina se ejerce en Surinam poco mas ó menos que en Europa, y no faltan médicos ni farmacéuticos, cuyas boticas están con mucho lujo y gusto. Aun admitiendo que los médicos que se encuentran en la colonia posean el talento y la experiencia necesaria, el arte de curar hará allí pocos progresos: los mejores remedios y las observaciones mas exactas serán siempre inútiles por la costumbre que existe de valerse también de los métodos curativos prescritos por los adivinos, y de drogas aconsejadas por los negros y negras, lo que por lo común produce los mas perjudiciales efectos. El número de aquellos empíricos de ambos sexos es muy considerable. Regularmente en la tienda del sastré mas afamado entre los negros, es en donde se encuentra á las hechiceras: aquellas tiendas sirven de punto de reunión á los ociosos, como los cafés en Europa. El hechicero nunca se presenta hasta el día siguiente, para tener tiempo de enterarse de lo que pasa en casa del enfermo, y saber si le asiste un médico blanco. Para esto, se va á la plaza, toma noticias á derecha é izquierda, con mucha sutileza, y las convierte en provecho suyo. Cuando se presenta al enfermo, á quien suelen rodear unas negras viejas, le pregunta que es lo que tiene, que especie de dolores siente, en que parte del cuerpo los sufre, si tiene calentura, inflamación en el bajo vientre, etc.

A cada respuesta del enfermo, el Esculapio hace gestos ridiculos. Entonces todos los que están presentes le preguntan:

—¿Sanará?...?

—Mi no sabi (yo no lo sé).

—¿Le curareis?...?

La misma contestación acompañada de muchas exclamaciones como:

—Ya veré.... consultaré.... necesito enterarme bien.

Esta primera visita, que ya está prevista, cuesta siempre al enfermo de uno á diez florines, según sus medios.

Al día siguiente, vuelve el empírico y pide un poco de aguardiente ó de rom en un vaso: echa en él grano del paraíso, ó un poco de pimienta. Bebe una parte de aquella mezcla, hace que beba también el enfermo y lo

restante lo arroja por la ventana, pronunciando ciertas palabras en voz baja. En seguida, á una de las negras, que por lo comun se halla de acuerdo con él, le da varias yerbas y raíces para que las cuezca y se las administre al enfermo: desde aquel momento todo debe pasar por manos de aquella negra: si el enfermo tiene calentura ó le duele la cabeza, se le hace tomar la misma droga: si tiene dolores de tripas, le aplican una cataplasma al vientre. En fin, aquel es el remedio universal, aquella es la panacea destinada á curar toda especie de enfermedades.

Pues bien, á pesar de la ignorancia y el charlatanismo de aquellos juglares, los consultan secretamente como á unos oráculos, no solo los indigenas sino tambien los blancos, y con particularidad las mugeres.

Si el enfermo muere, el Esculapio, lo atribuye á que se le ha dado algun veneno. Asi es que la desfachatez de estos charlatanes ha comprometido mas de una vez á muchos inocentes, siendo asi que solo debia imputarse la muerte á la ignorancia y poca habilidad de los empiricos.

Hé aqui como generalmente practican la medicina los negros y negras, y curan á sus enfermos. Sin embargo, entre ellos se encuentran algunos que conocen las virtudes de las plantas medicinales del pais, y que han conseguido muy buenos resultados aun en casos graves con grande asombro suyo, es cierto, pero estos son muy raros. Uno de esos *quasi* ha dado su nombre á una raiz cuyas propiedades habia descubierto, el *quasi-nout* (zarzaparrilla), y se ha hecho famoso por la avanzada edad á que llegó, por las curas asombrosas que hizo, y en fin, por los supuestos sortilegios que en ellas empleaba. Su penetracion, muchos secretos que poseia de los indios, y su tono grave y casi severo cuando hablaba á los negros, le habian grangeado un grande respeto, y aun una especie de veneracion, hasta tal punto que le miraban como á un profeta á quien Dios habia confiado el secreto de la vida humana. Tenia conocimientos acerca de las enfermedades del pais, que jamás quiso comunicar, y fueron sepultados con él en 1787.

Si la medicina tiene preocupaciones que vencer y obstáculos diarios que combatir, la cirugía no los experimenta menores por parte de los charlatanes que para sustraer los negros al trabajo de las plantaciones, les dan drogas capaces de producir ó de mantener en ellos enfermedades ó llagas, que los incapacitan para trabajar.

Las enfermedades reinantes en la colonia atacan con preferencia á los negros y criollos: he observado

que rara vez las padecen los indios. Las principales son: El mal rojo, cuyos sintomas y efectos atacan y roen los huesos.

La elefantiasis, en que las piernas se ponen arruga-

da los ciento cinco: Mr. Geodman á los noventa y tres, y otros blancos han llegado tambien á esa edad. Mr. Ma-louet refiere que en 1776 encontró en Surinam un millar francés de ciento once años, que habia hecho la guerra en tiempo de Luis XIV. Estaba cie-go y le cuidaba una negra vieja.

Hacia ya largo tiempo que deseaba conocer una de esas mugeres que en Europa llaman Sibilas, en el pais *mama snelie* (madre de las serpientes) ó *water mama*, y que los negros miran como oráculos. Pero me decian que como blanco, me seria muy difícil verlas. Una negra á quien yo conocia y participaba mi deseo, me prometió hablar á una de sus amigas. Al cabo de un mes, me anunció que iba á consultar á la *water mama* acerca de la suerte de su hijo que estaba enfermo. Habiéndole renovado la promesa de una recompensa y de mi discrecion, me citó en el *Platte Bruz* para el dia siguiente á las siete de la noche: uno y otro tuvimos muy buen cuidado de no faltar.

En cuanto me vi se separó de sus compañeras, y dirigiéndose hacia lo alto de la *Sarameca Strast*, la seguí. Al extremo de la calle torcí por otras estraviadas, y se dirigió hacia un frondoso bosque. En cuanto apartó las anchas hojas de un bananero, vi una cabaña muy baja cubierta de hojas.

Mi conductora llamó á una puertecilla que se abrió y me dejó ver una negra anciana y descarnada, cuyo rostro, cuello y pecho estaban pintados. Tenia rodeada á la cabeza una tira de algodón blanco, cuyas puntas iban á enlazarse en la espalda: una saya blanca la caía desde las caderas hasta media pierna, y las demás partes del cuerpo estaban descubiertas. Aquella muger, iluminada únicamente por la débil claridad de una lámpara que tenia en la mano, ofrecia la imagen de una de esas furias, tambien descritas por los poetas antiguos.

Después de contestar por signos afirmativos á preguntas de que yo nada comprendia, fui admitida en el santuario, es decir, en la primera pieza, en donde en un rincón y en el suelo habia una manta de lana, dos ó tres calabazas, y algunas cantarillas indianas sobre una mesita de madera: unos troncos de árboles servian de sillas. Tal era el mueblage de la primera pieza.

Cambiadas algunas palabras con mi introduccion, la sibila pasó á una puertecilla contigua por una puertecilla que habia en el fondo, y se llevó la luz.

Desde que llegué me pareció haber visto una negra acurrucada en un rincón: el silencio que reinaba en la pieza desde la salida de la *water mama*, me hizo oír mas distintamente algunos suspiros entrecortados por estas palabras.

—Tata, tata, *helpie wie*. (¡Valedme, Dios mio!...)



Plaza pública en Surinam.

Tienda de un sastre en el Senegal.



Negros jugando al billar.

Los niños padecen lombrices y romadizos fuertes, y los recién nacidos, tétanos. A pesar de estas enfermedades, no hay que temer ninguna epidemia en la colonia, y no son raros en ella los ejemplos de longevidad. Guillermo Petrus, murió allí de ciento treinta y cinco años: Blanca de Britto á los ciento quince: Sara de Urie

Pero una gran claridad que vi por las junturas de las tablas del tabique que me separaba de la pieza inmediata, me distrajo de repente de aquel extraño ruido. Abrióse la puertecilla y fuimos admitidos en aquella especie de santuario, que solo estaba iluminado por una lámpara en que ardía espíritu ó *voorloop*. En el suelo, y debajo de la lámpara había un barreño lleno de agua, en el cual conservaba algunas de aquellas pequeñas culebras, que todos los africanos tienen la habilidad de domesticar. Toda la pared estaba cubierta de ídolos de hombres y de animales groseramente modelados en barro, y de serpientes llenas de paja.

Después de golpearse algún tiempo con una vara, y de hacer contorsiones convulsivas, la sibila tomó un palo y removió varias veces el agua del vaso, dirigiéndose a una figurita de barro que tenía a su lado.

Mi conductora, mas muerta que viva, se mantenía de pie enfrente de la mama snekie, que la dirigía algunas palabras; pero en medio de su terror, no contestaba a ellas mas que por signos de cabeza, y levantando los ojos al cielo. Estaba inmóvil como una estatua.

La hechicera tomó en una calabaza agua del barreño y se la hizo beber a la negra, y la dió algunas yerbas para que se las administrase al niño. Concluido ya

da culpable, y castigada con trabajos mas penosos que los de sus compañeras.

Cuatro ó cinco meses después, el administrador de la casa recibió una carta de su corresponsal de Holanda, en que le daba las gracias por algunos tarros de dulce del país, y muy particularmente a la señora del colono, que sin duda había tenido la bondad de arreglarlos, pues que en uno de los vasos habían encontrado su dotal, que el corresponsal remitía en efecto en la misma carta. La negra quedó justificada, pero un poco tarde.

En el país alto, un blanco, sobrestante de los negros, cayó un día enfermo, y se creyó que le habían envenenado. Llamado el quasi, no tardó en acudir, y dijo con seguridad al enfermo:

—Arrojareis el veneno.

Al día siguiente le dió un vomitivo: el enfermo arrojó mucha bilis en una jofaina con agua, y metiendo en ella la mano el negro, sacó dos pedacitos de algodón y unos cabellos. Los enseñó a los circunstantes que se quedaron atónitos, y les afirmó que allí se hallaba encerrado el tósigo. Pero ¿cómo se habían introducido el algodón y los cabellos en el cuerpo del enfermo?... Esto fué de lo que nadie se ocupó. El paciente se restableció al cabo de unos días, y todo el mundo lo artibuyó a

recia, había, por medio de su arte, hecho entrar en el cofre la plata hurtada.

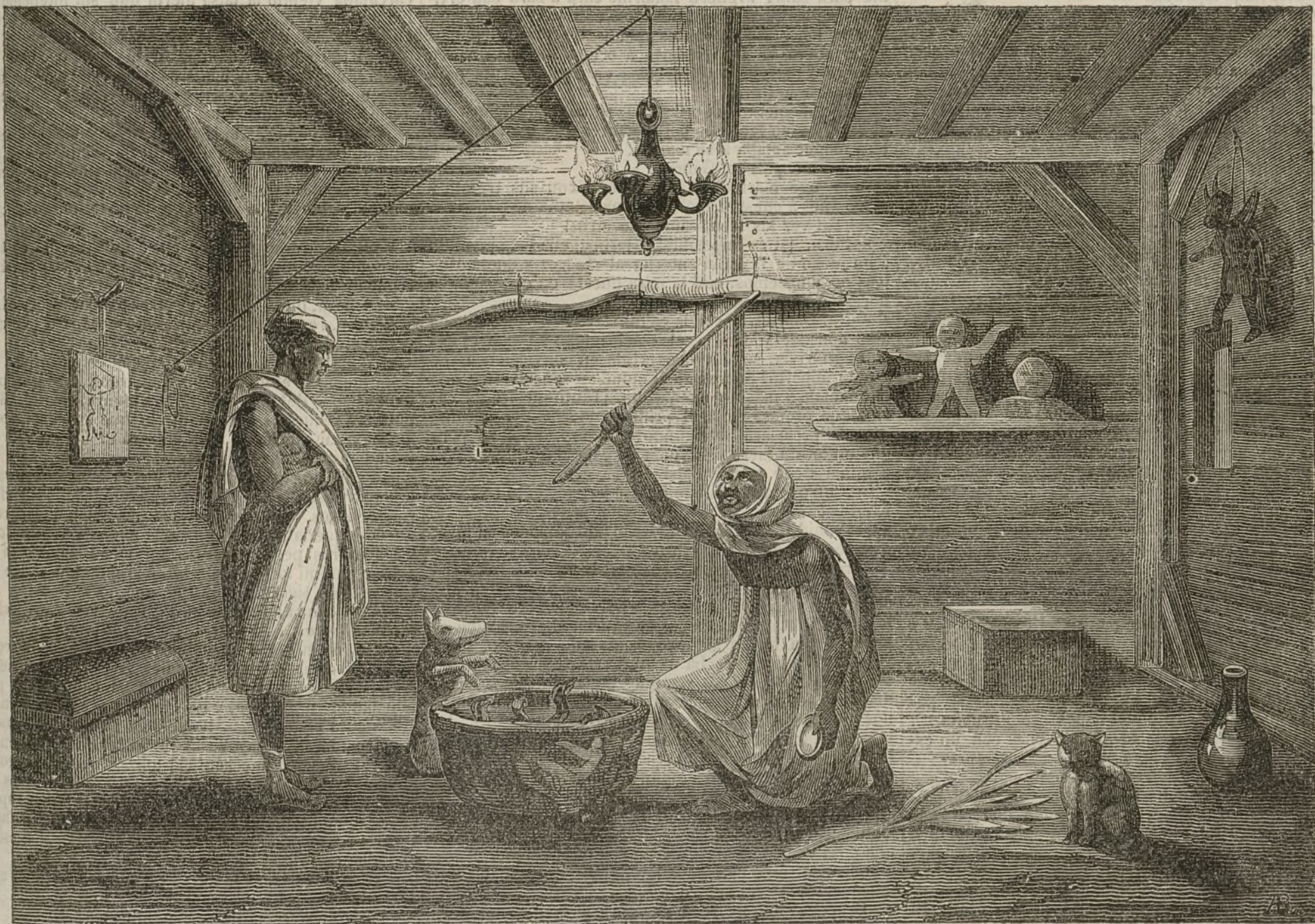
Antes de dejar a Paramaribo, y de hablar de la parte alta de la colonia, debo decir una palabra acerca del estado de la instrucción y de la literatura en la ciudad.

Se comprende muy bien que en una región en donde todo ha sido especulación, comercio é industria, las bellas letras debían estar muy descuidadas ó completamente ignoradas. En efecto, hasta el año 1753, no principiaron a proporcionarse buenos libros holandeses, franceses é ingleses, y poco á poco se fué cobrando afición a la lectura y la instrucción.

En 1786 se estableció una sociedad ó club con el nombre de *Surinams-Vrienden*. Sucesivamente se fundaron bibliotecas, gabinetes de física, entre los que se distinguía el del médico Schiller, gabinetes de lectura, y escuelas: desde aquella época, se formaron también muchas logias masónicas, compuestas de individuos de todas las comuniones religiosas.

Casi todos los habitantes de Paramaribo medianamente acomodados saben el francés, el inglés y el holandés; pero generalmente este último idioma es el que usan entre sí.

La lengua que hablan los criollos es una mezcla de



La hechicera del Senegal.

todo, salimos, y puse mi ofrenda en manos de la sibila.

—*Tanque masra* (gracias, señor), me contestó. Y pasamos a la primera pieza, en donde volví a ver el bulto negro á que había oído lanzar tan dolorosos ayes. Estaba de pie, y por sus colores, adiviné que era la sacerdotisa compañera de la sibila.

Nos volvimos por el mismo camino: la negra me dijo que su hijo no moriría. La entregué mi regalo, y la prometí que jamás enseñaría a ningún blanco la mansion de la hechicera, lo cual por otra parte me hubiera sido muy difícil. El cañonazo nos separó, porque ella era esclava y tenía que acudir a la negrería: ya regresé a mi alojamiento para escribir la escena de que acababa de ser testigo.

Las sibilas, y algunos hombres que ejercen la misma profesion entre los negros, suelen ser llamados para descubrir los envenenadores y ladrones, ó para consultarlos sobre ciertas enfermedades.

En el año 1785 se estravió uno de esos dedales de oro que ordinariamente usan las mugeres cuando coseñen. Hicieron que se presentase el locoouman-quasi, es decir, el adivino, que dió principio á sus ceremonias, y después de hacer pasar varias veces por delante de él á las esclavas, concluyó por señalar á una de ellas como la ladrona. La pobre acusada, aturdida y temblorosa, negó el hecho, se contradijo, balbuceó, y por último, el tono imponente y amenazador del quasi la arrojó la confesion del hurto. La azotaron, y aun cuando retractó su declaracion, no por eso dejó de ser declara-

milagro y prorumpió en alabanzas del hechicero.

Una anecdota bastante singular, prueba cuán arraigadas se encuentran aquellas supersticiones entre los negros, y lo difícil que es desimpresionarlos de ellas. El hijo de un plantador, con objeto de demostrar la poca confianza que podía tenerse en el quasi, escondió él mismo una parte de su vagilla de plata. El ama de llaves corrió asustada á dar aviso del hurto, y el amo encolerizado, amenazó á todos con el mas severo castigo si descubria al ladrón. Unánimemente pidieron que llamaran al quasi. Llegó éste, hizo pasar y repasar por delante de sí á todos los esclavos, y señaló una negra que se quedó llena de sorpresa y de temor.

—¿Es esta la ladrona? preguntó el amo al quasi.

—Sí, masra, contestó aquel.

—¿Estais bien seguro?

—Sí, masra.

—Seguidme, que voy á pagaros.

El plantador, acompañado de sus amigos y de todos sus esclavos, llevó al quasi á donde había un cofre, le abrió á su presencia, y le enseñó la vagilla.

—Hé aquí, dijo al adivino, la prueba de que no eres mas que un impostor, y de que la negra es inocente.

Después de lo cual, el colono mandó azotar fuertemente al quasi, y le echó de la plantacion.

Se creará, tal vez, que aquel suceso hizo perder á los negros su confianza en aquel embustero, pero nada menos. Todos quedaron persuadidos, de que el amo, con intencion de salvar á la negra del castigo que me-

los tres idiomas, con cierto número de palabras africanas. Los niños se acostumbran á este language que mas tarde les embaraza mucho.

La distraccion á que los colonos y los negros se entregan con preferencia, es el juego, especialmente el de billar.

Los ejercicios del cuerpo, y principalmente el baile, forman la diversion y la ocupacion ordinaria de la sociedad: la literatura y la música son allí muy secundarias. Aman con pasion el baile, y las criollas sobresalen en él: se ejercitan en sostenerse eu las puntas de los pies, y en esto son muy superiores á nuestras bailarinas de Europa, como puede convencerse cualquiera asistiendo á un *dou*. Aquel es un día feliz para las esclavas: por el *dou* dejan su afanosa vida, y se engalanan con sus mejores atavios.

Un *dou* es un acontecimiento para el país. Las esclavas gastan todos sus ahorros para presentarse en él lo mejor posible. Todo es alialgazara, baile, animacion, desorden, arrebatos, pasion en los movimientos, saltos, carreras y música, de tal modo, que ninguna lengua es suficiente para poder dar una idea. Un *dou* es el placer, la alegría, la felicidad, el olvido de la esclavitud y del trabajo. Las lupercales antiguas, las fiestas de Saturno, el carnaval de Venecia, y aun el de París, son muy apacibles é insignificantes comparados con un *dou*.

HEVA.

(NOVELA.)

VIII.

UNA NOCHE DE TERROR

(Continuación.)

Tentados estuvieron Gabriel y Klerbbs á arrodillarse.... pero Heva los sacó de su éstasis celestial, diciéndoles en tono agriado:

—¿Con que tomáis, caballeros, la media noche por el medio día! ¿Qué acontece en mi casa? ¿Debemos reírnos ó alarmarnos?

—Ni lo uno ni lo otro, respondió Klerbbs. Acabo de matar un tigre á las orillas del lago.

Heva movió convulsivamente su cabeza.

—¿Un tigre! repuso. Esos monstruos nos tienen afición! Tiempo hacia que no se acordaban del camino de mi casa.... Bien saben ellos que mi pobre Samy no puede actualmente clavarles una bala entre los ojos!

Dos lágrimas brillaron sobre las mejillas de Heva, que sintió Gabriel deslizarse en su corazón cual lavas del volcán de los celos!

—Señora, dijo Klerbbs, con toda voluntad me ofrezco á hacer las veces de vuestro marido.... en lo que atañe á los tigres, por supuesto....

—Sir Eduardo, interrumpió Heva con un tono seco que nadie había advertido en ella hasta entonces, hay horas serias y recuerdos que deben respetarse!

Klerbbs se inclinó ante la hermosa viuda, protestando de su adhesión y afecto en términos enérgicos y graves.

—¿Qué horrible noche! dijo Heva.... ¡Dios mío! ¿porqué me faltan fuerzas para huir de aquí?... ¡Ah! sin duda es porque en estos lugares, donde quiera me siguen sus recuerdos!.... ¡Pobre Samy!.... Sir Eduardo ¡qué ligereza, qué imprevisión!.... ¡Un tiro á media noche!.... ¡Y á un tigre! ¡Y en frente de mi casa!....

—Pues yo creía un deber mío el matar á uno de vuestros enemigos en cualquier tiempo y en todas partes.

—¿No sabéis, sir Eduardo, que cada noche y siempre á la misma hora un ensueño horrible, infernal, viene á atormentarme?... Un valle desierto en que retumban mil rugidos y los rumores de las cataratas; un río ensangrentado que arrastra pedazos de telas de oro y descarnados huesos; un horroroso festín en que el mas poderoso de los hombres devora la carne de los tigres, y en que los tigres devoran mi carne!.... Y luego prodigiosos gritos tronando en las soledades, como si los exhalasen cavernas; y el hipo de agonía de un gigante oprimido bajo una roca!.... ¡Ah! Todo esto se me representa, y despierto de sobresalto, apretada por un brazo de bronce y garras de acero, con perfumes de carne muerta á mi cabecera y alientos roncós á mis oídos!.... Hé aquí mis noches.... Perdonadme, pues, el falso júbilo de mis días.

Gabriel y Klerbbs, contemplaban á Heva, fijos como estatuas, y sin desplegar los labios. Las mas estrañas ideas se les ocurrían: la viuda de Munusamy, con sus grandes ojos abiertos é inmóviles, sus brazos estirados, el seno palpitante y los labios convulsivos, parecía tener delante aun aquel espantoso ensueño.... Por último, se torció hacia los dos jóvenes con un esfuerzo sobre sí misma y les dijo:

—¿No entró mi cuñado con vosotros?

—No, señora, respondió Klerbbs.

—El bueno de Talaíperi habrá creído que su presencia me molestaría, pues el amor propio me induce á ocultarle mis disgustos; ignoro por qué.... Sir Eduardo, abrid una ventana.... Me falta aire que respirar.... ¿Apuntará luego el alba?

—La noche continúa siempre sombría, señora.... El mismo huracán todavía, sin lluvia....

—¿Oh! sí.... Lo estoy sintiendo.... Es un cielo pesado; y hasta se me figura que pasan rozando mi frente nubes cargadas de plomo.... ¿No distinguís nada á orillas del lago?

—Nada, á no ser los relámpagos.... y unos como los ángeles de fuego en lontananza.

—Sir Eduardo, ¿oísteis ladrar á Soura cuando disparásteis?

—No señora.

—¿Cómo que no!... ¡Si él husmea el tigre de una lengua de distancia!... Tampoco yo he oído á mi hermoso perro....

—Quizá pase la noche en el cortijo.

—Sir Eduardo, decid en la antecámara que me vayan por Soura.

—Obedezcoos, señora.

—Mr. Gabriel ¿por qué estáis tan taciturno?

—Pienso en vuestro sueño, señora!....

—Eso consiste en que representásteis un heroico papel en la realidad. Vos asististeis á la horrible escena del desierto, sin ir á una con los asesinos y los cobardes; y lo que os honra mas es que no os habeis alabado de nada, como ese noble inglés, vuestro amigo, que es mas serio de lo que aparenta. Yo le conozco perfectamente.

—No hemos hecho sino cumplir con nuestro deber, señora.

—El deber es una cosa fácil, y con la que sin embargo nadie cumple.

—Señora, dijo Klerbbs entrando, vuestro perro no está en la casa; Sheti, su guardian, no le ha visto desde ayer por la noche.

—Sheti es un descuidado que me ha dejado perder ya dos perros.... Yo....

—¿Queréis, señora, que le busque en el cortijo?

—¿Cómo, sir Eduardo, á estas horas!... ¿Y si alguno de esos monstruos anduviese aun por ahí?...

—Le mataría, y pondría su piel delante de vuestro lecho.

—¡Pobre Soura!... No le creo capaz de dejarse tragar por un tigre.... Sir Eduardo, costoso me es decirlo que acepto vuestra propuesta, con tal de que vuestro amigo os acompañe.

Cuando finalizó la frase ya Klerbbs y Gabriel habían desaparecido.

Abrieron con precaución la puerta de la azotea, cerrándola en seguida; y luego que estuvieron solos, bajo los grandes árboles, Klerbbs se detuvo y dijo cruzando sobre el pecho ambos brazos con una pistola en cada mano:

—Mi querido Gabriel, menester es que hable contigo un momento, aunque sin desplegar los labios, pues no sé por donde principiar. Mirémonos.

Después de una larga pausa, prosiguió Klerbbs:

—Reasumamos esta muda conversacion. Heva es una muger inesplicable; un fruto de la India. No nos dirijamos al cortijo en busca de su perro, pues no está allí. Quise aprovecharme de la primera ocasion favorable para salir. Prefiero hallarme cara á cara con el tigre que ha devorado al marido á estarlo con la muger que le llora; lo primero es menos peligroso.... Vamos á ver ahora la caza muerta á orillas del lago; y sea hombre ó tigre le enterraremos en alguna gruta para no asustar á Heva.

—¿Un momento! dijo Gabriel, se cree que hemos ido al cortijo y no tenemos porque apresurarnos.... Klerbbs ¡esa muger amaba á su marido!

—Así me parece, Gabriel.

—¿Y qué marido!... Un indiano con sus treinta y cinco años áuestas, feo como una estatua de pagoda... Tal vez los feos seamos nosotros!

—Pero, ¿si es imposible! Klerbbs, ella esta jugando á un juego de la India anterior al ajedrez y que nosotros no conocemos, con la mira puesta en compartir la herencia del difunto.

—No, Gabriel, no; tú la calumnias. De seguro amaba á su marido; y mis recelos del tiempo en que el nabab aun vivía, se han convertido en convicciones. ¿Y que te importa? Sobran en el mundo jóvenes viudas que han amado á mas de un marido. ¡Tanto mejor! ¿el cariño que profesó Heva al primero no sale por garante del que profesará al segundo? ¡Cuánto daría yo porque mi futura fuese una viuda de esta clase! Pero, ¡ay! Erminia tiene quince años!

—¿Con que no se puede hablar formalmente con vos, Klerbbs!

—¡Venid, venid, señor filósofo! Dirijámonos al lago, que nos está esperando Heva.

Pronto llegaron ambos amigos á aquellos tenebrosos bosques de verdura, al través de los cuales una cabeza humana había asomado por dos veces durante la noche. Notaron entonces una ancha abertura que el perro había hecho para pasar al lado opuesto, y siguiendo la misma brecha tocaron en breve el suelo que todavia conservaba los vestigios de la aparicion. Reconociáanse sobre el cesped abultadas huellas de humanos pies; pero, aunque registraron el seto natural del lago, los laberintos de verdura, las copadas gavillas de bambús, las madejas de lianas y las grutas coronadas de musgo, no hallaron ningun cadáver. Klerbbs decia de tiempo en tiempo:

—Estoy seguro de que di en el blanco y no creo en fantasmas. En la India son plantas exóticas. He matado una cosa viva y necesito de un cadáver! Es una deuda que ha contraído para conmigo el lago, y mañana me la satisfará.

Después de una hora de inútiles investigaciones, Gabriel arrastró á Klerbbs á la habitacion. Abrióse la puerta al primer golpe, y Heva salió á recibirlos á la entrada de su aposento, haciéndoles sentar en un diván. Klerbbs tomó la palabra.

—Señora, dijo, hemos buscado á Soura por todos los alrededores, fatigando los ecos con nuestros gritos.... y el infeliz animal....

Interrumpióle Heva con un terrible chillido, irguiéndose convulsivamente, como si una serpiente la hubiese picado en el pie.

Los dos jóvenes se levantaron igualmente; Gabriel, pálido como un agonizante, y Klerbbs con la serenidad de un estoico, preparado para cualquier cosa.

No hay acero que iguale en lo agudo al grito de una muger en medio de una espantosa noche.

Heva señalaba con el dedo anchas y frescas gotas de sangre sobre los vestidos blancos de Klerbbs y Gabriel: por fin, violentándose cuanto pudo, exclamó:

—¿Es sangre! ¡sangre humana! ¡qué horror!... ¿A quién habeis asesinado?

Nuestros jóvenes deslumbrados por el tránsito de las tinieblas á la claridad, no habían advertido en aquellas horribles manchas. Alarmado por el chillido de Heva, entró Talaíperi, y con un acento de desesperacion incomprensible, exclamó:

—¿Qué sangre es esa? ¿Qué sangre es esa? decid: Klerbbs, sin alterarse, respondió:

—Ahora caigo, y á fé que es sencillísimo. Disparé al tigre y le herí, venimos de buscarlo, pues lo creíamos muerto, y los zarzales nos han salpicado con la sangre de la fiera.

Gabriel repetía gesticulando automáticamente cada palabra de su miago.

Un vislumbre de satisfaccion lució en el rostro de Talaíperi. Heva, tranquilizada por el tono natural é imperturbable de Klerbbs, tornó á sentarse.

—Me parece, dijo, que voy á sumergirme en el fatal ensueño de todas mis noches!... Pasa en mi interior alguna cosa horrible é inesplicable que me amedrenta!... Quitad esa sangre de mi vista.... ¡quitadla!

Klerbbs y Gabriel se retiraron á su cuarto; y luego que mudaron de vestido, un sirviente fué en su nombre á recibir órdenes de la señora.

Talaíperi subió y les dijo:

—Ya es de día; la campiña está clara, y si gustáis acompañaremos á Heva á las orillas del lago.... ningun peligro existe al presente.

—Llevemos no obstante nuestras armas, Gabriel; el sol no ha salido todavia.

Encontraron á Heva en el vestibulo. La hermosa viuda les dijo con un sacudimiento de cabeza:

—¿Ya dió fin la espantosa noche, señores!

Talaíperi iba delante, después Klerbbs de bracero con Heva, y Gabriel detrás cerrando la marcha.

—¿No hay remedio! ¿es un tigre! exclamó Talaíperi saltando como un estudiante.

Klerbbs tiró brutalmente de Heva para escudarla con su cuerpo, y preparó las pistolas. Gabriel se colocó de un brinco al lado de su amigo; y Talaíperi soltó la carcajada viendo la falsa alerta que sin intencion había escitado. Mostrando en seguida la honda brecha abierta por el perro en la espesura, dijo:

—El tigre ha pasado por aquí; y con poco que nos doblásemos, tambien nosotros pasaríamos y tropezaríamos en breve con las sangrientas huellas del animal herido por sir Eduardo.

Efectivamente, á lo largo de una considerable extension de terreno conservaba la yerba vestigios que probaban de un modo, al parecer incontestable, la verdad de las palabras de Klerbbs. Heva estrechó entre sus manos las de ambos jóvenes, y tomó de nuevo el camino de la quinta.

—Si, decia, me quedaré en esta casa, no obstante las agonías á que me espongo, y que conozco voy á morir de fastidio.

—Señora, dijo Gabriel, nosotros os guardaremos bien.

—Pero, replicó Heva, sonriéndose ¿acaso permaneceréis eternamente aquí?

—Y mas que eso si lo exigis, contestó Klerbbs.

—¿Siempre el mismo, sir Eduardo!... ¿pero que se habrá hecho del pobre Soura?... ¡Soura, Soura!... Perdido sin recurso.... ¿Era tanto lo que ese infeliz perro queria á mi esposo!... ¿No llegará el día en que esos infames tigres nos dejen en paz?

—Pedid un regimiento de cipayos á Lord Cornwallis, dijo Klerbbs, que destruyan á la bayoneta todos sus clubs.

—Señores, repuso Heva, manifestando en su acento un odio que la sed de venganza pudiera inspirar contra hombres pero no contra animales; señores, si poseyese aun mi fortuna regalaría la mitad á el que me trajera doce tigres matados en una noche.

—Pero con la ayuda de lord Cornwallis, dijo Klerbbs, será fácil que....

—No, no quisiera yo emplear para ello un ejército, pues parecería que honraba demasiado á esas fieras; preferiria que un hombre solo hiciese eso por mí, pronunciando mi nombre, y que me los presentase en seguida para pisotearlos, humillados, cosidos los unos á los otros; si, doce orgullosos tigres transformados en alfombra. ¡Porque me sentiria feliz y triunfante con la imaginacion de que entre ellos existiese uno de los que concuerrieron á la cacería de Lutchmi, cuya cabeza aplastaria bajo mi femenino sandalia á cada paso, á cada hora!

—Os comprendo perfectamente, dijo Klerbbs; esa es una idea inglesa si las hay.

—¿Con que daríais la mitad de vuestra fortuna? añadió Gabriel.

—Si la poseyese aun, respondió Heva.

—Pero si eso no, os queda la posta que sir Eduardo colocaba ayer, cuando nuestra partida de ajedrez, al lado del Perú.

—¿Oh! sí, dijo Heva, conozco que á pesar de mi resolucion de no amar á nadie, podría con el tiempo amar al intrépido ejecutor de mis voluntades. Tal es mi carácter, tales son mis ideas; y ni sé del modo que se vive en Europa, ni á escepcion de los que me son naturales, tengo noticia de usos ningunos. Lo repito; si un hombre llevase su obediencia hasta ahí, me casaria con él.... Pero, añadió sonriendo, esto se llama pedir imposibles.... ¿Lo que ciega la venganza!... ¿No parezco una loca, señores? Dispensadme, os lo suplico.

—Señora, dijo Gabriel con voz trémula, habeis pasado una agitada noche, y os sentaria bien un momento de reposo. Cualquiera que os estimase, os lo aconsejaria como yo. El sueño de la mañana es dulcísimo.

—Acepto la indicacion y os la devuelvo. Adios, señores, nos veremos á la hora del desayuno.

—Solos ya ambos amigos, dijo Gabriel á Klerbbs.

—Querido, separémonos por algunos instantes, pues me muero de sueño. Te anuncio que despertaré completamente loco.

CAPITULO IX.

DOCE TIGRES POR UNA MUGER.

—Ea, amigo mío, dijo Klerbbs al oído de Gabriel que aun dormia; todos están de pie en la casa hace una hora. Abrid los ojos, que voy á leerlos un diario de la mañana, y os interesará.

El sueño del joven era de esos que la caída de un

átomo interrumpe; y por lo mismo abrió inmediatamente los ojos para ver y los oídos para escuchar.

—Me prometisteis despertarme loco, repuso Klerbbs, y antes que nada, vengo a cerciorarme de si sois hombre de palabra... ¿Estais loco? ¡Perfectamente! Paso, pues, a anunciaros que he topado esta mañana, hace cuatro horas, con el bramin Syali....

—¿Qué bramin? —No habeis abierto bien los ojos.... ¡Cómo! ¿Olvistais ya aquel bramin que nos concilió el sueño una noche con el relato de las diez encarnaciones de Wichnu, y que habita al otro lado de la montaña, en nuestra vecindad?

—¡Ah! ¿aquel miserable que declaró contra nosotros? —El mismo. Deparómele el cielo en el camino de la quinta que conduce a Madrás, cuando me paseaba fumando mi *chirut*. Trató de evitar mi encuentro, pero a manera del dios Término, me planté en frente de su caballo. Preguntéle si iba a prestar alguna declaración en Madrás, para entregar otros europeos al verdugo; y trémulo de espanto, como un bramin letrado que es, me respondió el pobre diablo que iba en busca del doctor Phytian, primer médico de Madrás y hombre filantrópico que hace sus visitas de campo á quince libras de honorarios por milla. Solo un millonario puede tomar por médico al doctor Phytian. Conoci en los temblores del bramin que sentia haberme dicho aquello, y me rogó que no lo repitiese a nadie. Prometiselo así; por cuanto no lo sabreis sino vos, puesto que sois otro yo. Las promesas no deben violarse, ni aun tratándose de bramines. ¿Qué pensais de mi descubrimiento, Gabriel?

—Pienso que en la cabaña de Syali hay un enfermo....

—¿Un millonario en semejante sitio! —Eduardo, eso da que sospechar....

—Gabriel, vamos claros; la cosa herida por mí anoche de un pistoletazo....

—¿Es nada menos que un millonario! —Habeis dado en el hito, amigo Gabriel.

—Un millonario que despreciaba rayos, tinieblas y tigres.

—¿Y yo qué!... ¡Cá, si parece increíble! Pero, aun no he acabado. Escuchad el fin, Gabriel.... No bien me separé del bramin, cuando tomé por la corta vereda de la montaña, atravesándola y acercándome lo mas posible á la habitación de Syali para examinar la fisonomía de aquellos parages. Un espionaje decente, por supuesto. Pero ¿a quién creéis que encuentre echado tranquilamente á la puerta de la cabaña?... ¡Adivinad!....

¡A Soura, á Soura!... ¡Habrà este perro de la India entregado su dimision y pasado al servicio del bramin? Como no ve á ningun compatriota suyo en la casa del lago!... ¿Será uno de sus amigos el susodicho enfermo?... ¿Conocerá el bramin algun secreto para hechizar á los perros, así como á las serpientes?... Me he dirigido todas estas preguntas, y nada de satisfactorio he hallado con que responder á ellas. ¡Diablo de perro!...

Si no se hubiese arrestado á Goulab y Mirpour, como nos lo aseguran, creeria que mi bala tocó á uno de estos dos pícaros, y que el perro ignorante de sus maldades, se fué, por cierto instinto de nacionalidad, tras un indio herido. Como quiera que sea, hay un misterio complicado en el fondo de este sencillo descubrimiento.

—Soy de vuestro dictámen, sir Eduardo; pero, continuemos como hasta aquí. No digamos nada á Heva, ¡nada! Guardemos los misterios para nosotros.

—Corriente.

—Mucho debe haber sufrido la última noche.... ¿La habeis visto hoy?

—Un solo instante.... en su balcon.... con un rostro adorablemente pálido! La saludé, enseñándole al propio tiempo una carta recibida de Tranquebar.... Mi futuro suegro está furioso. Estos cónsules viven matemáticamente. El quisiera que aguardase por la hora del himeneo de hijos antes su hija! Me anuncia que se charlabo mucho de mí en Tranquebar, mezclando en el asunto á una hermosa viuda, y me dice que es preciso poner coto á tales habillitas, sobre todo á las de la sociedad dinamarcueta.... ¡Se conoce lo que los cónsules se fastidian en sus residencias, puesto que echan mano de cualquiera tontería capaz de proporcionarles un instantáneo sacudimiento! Para eso que nosotros tenemos negocios de otra cuantía en que ocuparnos aquí; ¿hé, Gabriel? Hablemos de vos ahora, os ha llegado vuestro turno; principiad.

—Necesito á cualquier precio doce tigres, sir Eduardo.

—¡Ah! hénos en el ítem de la locura! Doce tigres para Heva; comprendo.... Dificultoso lo veo, Gabriel.

—Mas que dificultoso, Klerbbs; imposible.... y sin embargo, es menester dar con ellos.

—Doce mil francos son precisos.... ¿Los teneis?

—Nada de eso; no se trata de comprarlos, sino de que yo los mate á campo abierto, y los presente luego á los pies de Heva como una alíombra de Persia con doce compartimientos.

—¿Doce tigres! ¡Vaya un regalo nupcial!... Achaques del país, amigo mio. En París os pedirian un sabueso, una cotorra, un canario; pero aquí los gustos son diferentes. Mas exigia Fausta, la querida del emperador Galo, y no estaba en la India: trocaba una caricia por un león! Así que, al cabo de seis meses, el prefecto de Africa tenia ya agotado el Atlas. A durar seis años aquella imperial intriga, los leones hubieran experimentado la suerte de las esfinges; no se toparia con uno.... Pero volviendo á nuestro tema ¿qué red habeis imaginado para atrapar esos doce tigres?

—No fio en mí, sino en vos, sir Eduardo. Perteneceis al pueblo inventor; inventad, pues. Sois inglés, y ese es vuestro oficio. Necesito un lazo que tender á tigres; una enorme ratonera para gatos gigantes. Os pongo en camino de encontrarla; al momento, al momento, mi buen Klerbbs. El amor en mí se ha convertido en furia; la última noche me ha abrasado vivo.

¡Qué muger! Si me pidiese el mundo, me embarcaria para traérselo, aunque mil viajes me costara. como si dijésemos por entregas. Doce tigres es una bicoca.

—Concedo; pero esa bicoca es difícil de coger.... ¡Si mi tio sir Edmundo estuviese aquí! ¡Qué ingeniero, Gabriel!

—¿Y dónde está vuestro sir Edmundo? —En Manchester. Ha inventado el *silk-embroidery*, y....

—¿Qué me importan todos los inventos hallándose en Manchester? No cuento con él, sino con su sobrino.

—¿Quereis que le escriba suplicándole me invente una ratonera para tigres?

—Vamos, lastimaos de mí, y no os burleis. ¿Tengo yo la culpa de que las cosas mas serias de este mundo no carezcan de su lado risible? ¿Téngola de haberme enamorado de una india, cuyo querido esposo encontré su sepultura en doce bocas de tigres? Compartid mi destino, y no os riais de mi extraña posición.

—Paréceme haber dado con.... ¡Ah! esperad.... Voy á trazar antes mi plan con este lápiz.... ¡Diablo! ¡Si mi tio sir Edmundo se.... Un momento, un momento.... ¡Cá! Os prometo vuestros doce tigres, y uno mas si quereis.... Justamente.... Soy el dignísimo sobrino de sir Edmundo, sin un ápice de degeneración.... He aquí un invento que será agraciado con su correspondiente despacho para seguridad de los cazadores. *Patent safety*.... Mirad; es el reverso de lo que acontece en las jaulas de fieras: por ahora el hombre estará encerrado y el tigre será quien venga á visitarle. Todo se reduce á una buena jaula de hierro de seis pies de elevación, erizada de bayonetas por la parte de afuera, y con doce pies de circunferencia para afirmarla sobre su base. En cuanto al tiempo, conozco yo un obrero chino en Madrás que os la barreteará en media docena de dias, pues le sobran hierros á propósito, teniéndolos como los tiene preparados para los kioscos de metal, tan á la moda en Tchoultry. Hareis conducir vuestra jaula en un carro por la parte opuesta del Tinnevely y al medio del desierto, á unas diez y nueve millas de la habitación de Heva. Todo esto de dia. Luego la sujetareis fuertemente sobre su base, y al intento acudiré á ayudaros. Traeremos bueyes y los ataremos con escelentes cuerdas á los troncos de los árboles que rodeen la jaula. Cuando sea de noche los matareis á balazos, y el olor de la sangre, y sus agonizantes mugidos atraerán muchos mas tigres de los que os pide esa muger. Preparareis un arsenal de fusiles y apuntareis á los mas hermosos, no olvidando de los tigres negros. Un concierto formidable desgarrará vuestros oídos; sufrireis terribles asaltos, presenciareis escenas inauditas; pero corre de mi cuenta el construir la jaula de manera que podais decir á los tigres enseñándoles las puntas de las bayonetas: «¡No pasareis de ahí!...» Bosquejaré vuestra cacería, y vos trasladareis á la realidad mi dibujo.

—No sé, dijo Gabriel, mirando fijamente el plan trazado por su amigo, si hablais con formalidad; pero á lo que entiendo vuestra idea merece se la tome en consideración. No alcanzo ninguna objeción grave con que contrarestarla, á no ser la de que no podeis ayudarme en la contienda. Debo jurar por el honor, delante de Heva, que he matado solo mis doce tigres.... ¡solo!

—Pues será así. Os auxiliaré en los preparativos, y antes de la puesta del sol entraré en la quinta. Si Heva me preguntase por vos, le diré que empleareis toda la noche matando tigres, y que no debe inquietarse por semejante friolera. A la mañana siguiente iré, de órden suya sin duda, á buscaros, y trasportaremos entre los dos la caza. Con tal de que Heva os regale una sonrisa por cada tigre quedareis suficientemente pagado.

—¡No, me casare con ella, Klerbbs, me casaré! ¿Cómo resistir una muger á tal prueba de amor? ¡Me casaré con Heva! Todas las venturas celestiales y terrestres están comprendidas en estas dos palabras!... Pero, ¡jira de Dios! ¿y el dinero para una jaula tan costosa?

—Tranquilizaos, pues lo tenia previsto. Iré á Madrás, me veré con lord Cornwallis y le recordaré su promesa de servirnos en lo que le ocupásemos. Mi súplica se reducirá á que me espida una órden para confeccionar, á costa del gobierno y dentro de cuarenta y ocho horas, una máquina científica, cuyo plan me ha enviado la Sociedad Real de Londres, destinada á la explotación agrícola de Tchoultry. Le pediré ademas un lio de fusiles y algunos bueyes, so color de fundar una colonia delante de la catarata de Elora; por afortunado se tendrá con satisfacer una deuda á tan poco precio.

—¡Adorable sir Eduardo!

—No me adoreis todavía; aguardad al logro de la empresa.

—Su buen éxito es infalible, amigo mio. Hé aquí como se consiguen los grandes resultados. Burla burlando. Así es que de continuo una mera bagatela abre la puerta á los pensamientos mas sublimes. Un dia sentado á la mesa, buscaba Cristóbal Colon cierto plato favorito, oculto tras una hortera de leche; negándole sus convidados la existencia de semejante plato, y él se contentó con retirar la hortera y mostrarlo. Este incidente le hundi6 en honda meditacion; y algunos años despues descubrió la América detrás del Océano.

Klerbbs, soy muy exigente; quiero que partamos pronto para Madrás.

—Dentro de una hora.

—Querido Eduardo ¡cuántas penas os ocasiono por un capricho femenil!... ¡Nosotros los hombres parecemos á veces unos grandes locos! Apenas le ocurre algo á una muger, y ya cien enamorados salvan miles de leguas para recoger su extravagante idea y traérsela! Acuérdomé de un amartelado, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, mas infeliz que yo con creces; lo que, entre paréntesis, me consuela por aquello de *mal de muchos*.... Ese pobre amaba á una Heva que cada dia le pedia alguna cosa rara. Púsose cierta noche su Filis á mirar con ojos codiciosos una estrella, y héteme á mi hombre perdido, como que para salvarse tuvo que componer la siguiente quintilla:

Con tal noche y á tal hora

Esa estrella no mireis,

Que si bien la mereceis;

En mano del que os adora

No está el dárosela; lo veis!

—Convengo, Gabriel, en que Heva es mas razonable, y por lo mismo la dejaremos complacida. Lo que importa es que no sepa nunca nuestro ingenioso procedimiento.

—¡Nunca! ¡Nunca!

—Nada debe minorar en su mente el tamaño y los riesgos del sacrificio, para que así obtengais la recompensa por entero.

—¡Cabal!

—¿Decidido?

—Decidido. ¿Y si hubiera partido el chino que trabaja esos kioscos de hierro?

—¡Partir un chino! Desde ahora á cincuenta años juraría hallarle aun en el *Tchina-Bazar*, resguardado bajo su quitasol.

—¿Y si lord Cornwallis?...

—Gabriel, ¡cuidado con esos *Sies* tratándose de un inglés!

—Perdonadme, sir Eduardo.... Pero, como sois dueño de mi vida....

—Os la devolveré; estad seguro.

Cruzáronse entre ambos algunas otras frases de escasa significación; y en seguida se dispuso Klerbbs para partir.

Fácil fué encontrar un pretexto que justificase su ausencia.

—Va á pasar unos dias en Madrás, dijo Gabriel, por asuntos de su matrimonio.

—Tanto mejor, respondió Heva; pues ese jóven os pegará al fin su atolondramiento. Ahora al menos hablaremos seriamente nueve ó diez dias.... ¿Sabeis que nadie me ha traído todavía mis doce tigres?

—¡Ah, señora! existe poca galantería en la India. Yo....

—¡Callad!.... ¡Si pareceis un niño! ¡Y con qué aire de formalidad principi6 á.... Os prohibo el hacer una tontería, Mr. Gabriel. Porque os conozco, os mando que no os echeis á delirar.

Al concluir la frase, miró Heva á Gabriel con aquella encantadora sonrisa que indica en las mugeres cierta intencion vaga de anudar una intriga, ya por amor ya por tedio; pero nuestro filósofo se parapetó tras una estudiada reserva, como aquel que aspirando á estreñarse con un golpe maestro, sentiria comprometer su plan y su porvenir dando suelta á fútiles galanteos, tema obligado del vulgo de los amantes.

De ahí que las conversaciones de Heva y Gabriel no se renovasen durante dos dias, sino á intervalos, distinguiéndose solo por su brevedad.

En la sobretarde del segundo dia recibió Gabriel dos cartas de Madrás, una confidencial, y otra escrita de intento para enseñarse, pues confirmaba el pretexto de su partida. Hélas aquí:

«Madrás, julio de 18....»

«Mi querido Gabriel.»

«Lord Cornwallis se ha portado. Esplíqueme mis planes de agricultor y colonizador con un aire grave que pedí prestado á cierto sabio amigo mio, devolviéndoselo no bien hube salido, pues la deuda me pesaba.

«El gobernador me faculta para todo. Inmediatamente corré á casa de mi chino y le mostré la órden firmada por S. E. y el plan que conocele. Apenas se dignó mirarlo de reojo, diciendo I.; con lo que significaba que habia comprendido el mecanismo del trabajo que se le pedia, incluso sus pormenores y obras accesorias; y que lo daría terminado dentro de dos dias.

«Acabo de hacer una visita de política al *attorney*, quien me recibió con bastante frialdad. Este hombre morirá impenitente.

«El *Evening-Chronicle* de hoy dice, bajo el epigrafe de *LATEST INTELLIGENCE*: El sabio economista sir Eduardo Klerbbs, va á ocuparse en algunos ensayos agrícolas, escogiendo para ello tierras incultas al Norte de Madrás. El gobierno ha puesto á su disposición los instrumentos necesarios para favorecer tan vasta empresa; con lo que S. E. responde á los escritores mal intencionados de la metrópoli.

«Así van todas las cosas de este miserable mundo, mi querido Gabriel.

«Mañana á las cuatro de la tarde, me encontrareis al Norte del lago con mi aparato completo de cacería. Fijaré una bandera colorada sobre la mas alta palmera del desierto, y os aguardaré á dos pasos de la señal. Vuestro caballo me servirá para volverme.

«Adios, hasta mañana.

«EDUARDO CLERBBS.»

OTRA CARTA.

«Madrás, julio de 18...»

«Mi querido amigo:

«Os escribo *in greatest haste*, para anunciaros que mi futuro suegro continúa furioso contra mí. Pretende que el mes de julio ha principiado ya; cosa incontestable, supuesto que junio hace quince días que concluyó. Como nada tengo que responder á esto no chisto.

«Ponedme en la última grada del altar en que adorais á la reina de la India.

«Nos abrazaremos pronto.—Adios.—EDUARDO.»

«P. D. Se me había olvidado deciros que he recibido en Madrás una carta de mi irritado suegro.»

Gabriel mostró esta última carta á Heva, quien la leyó sonriendo, y dijo con melancolía:

—¡Hé aquí cómo tratan el matrimonio los hombres! Pero lo que es á mí no me engaña sir Eduardo; á buen seguro él tiene su querida en Madrás, y lo menos que piensa es en casarse.

La llegada de dos importunos interrumpió esta conversación. Siempre los importunos llegan en semejantes momentos.

Por la tarde, terminada la comida, dijo Gabriel á Heva:

—Me habeis inspirado una idea, señora. Creo como vos, que Klerbbs está mal entretenido en Madrás, y he resuelto cogerle de sorpresa y predicarle un sermón. Mañana me le apareceré en aquel punto, y le espantaré con mi virtud.

—¿Y volvereis pronto?

—Pasado mañana, señora. Supongo que es posible vivir veinte y cuatro horas lejos de aquí, y quiero hacer la prueba.

Heva presentó su mano á Gabriel, dejando brilla en su fisonomía cierta sonrisa de una espresion enteramente nueva para nuestro héroe. Este primer rayo de felicidad abrasó á Gabriel, pues se le figuró ver despartar el alba del amor en la frente celestial de su adorada; y ébrio de placer salió á la azotea, y echó una rápida ojeada al lejano horizonte del lago, como si buscara sobre las confusas copas de los árboles la bandera de sir Eduardo.

(Se continuará.)

EL CATECISMO EN ACCION.—LOS SIETE PECADOS CAPITALES.



1.º SOBERBIA.

Vana popularidad;
la muerte te desengaña;
pues destruye sin piedad
tu soberbia necesidad
con su terrible guadaña.



2.º AVARICIA.

Tristes son los desengaños
del avaro que atesora,
pues la muerte destructora,
lo que juntó en muchos años
se lo arrebató en un hora.



3.º LUGURIA.

Muy pronto materia inerte
será esa humana belleza.
¡Maldice tu aciaga suerte,
que te muestra la impureza
el camino de la muerte!



4.º IRA.

Deten tu iracundo vuelo
y modera la impaciencia;
no apeles á la violencia,
que se respeta en el cielo
el clamor de la inocencia.



5.º GULA.

Tu egoísta condicion
solo te enseña á gozar
en la mesa, sin pensar
que fragua tu perdicion
el succulento manjar.



6.º ENVIDIA.

Nunca envidies la riqueza
ni al hombre que hace papel,
que todo al fin es pobreza.
Cuanto ostenta la grandeza
solo es un vano oropel.



7.º PEREZA.

Deja el tranquilo reposo,
que el trabajo está llamando,
con acento clamoroso,
que el tiempo que va pasando
reconviene al perezoso.